



<p>SE PUBLICA</p> <p>UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO, UN REAL al recibir el número.</p> <p>AÑO I.</p>	<p>COLABORADORES.</p> <p>CATELAR, PÁRCIA, ORENSE, Y V. MARGALL, FIGUERAS, NUÑES, GARRIDO, ROBERT, RANCHEZ PEREZ, JOARZITI, CALA, CORDOVA, RANCHEZ RUBIO, PRU PEDA, ALTADIL, ZAPATA, TARRAGNA, SOTERANES, NOLAN, MERCADO, LOZANO, RASTRE, AMES, VALDEN, FLORES, LAPUENTE, MINOGET, NIKERRA, COLI, PINEDO, ALMIRALL, AURAU, LONTAU, CLAVE, RIRPA, CARRION, ETC.</p> <p>DIRECTOR, Enrique Rodríguez Solís.</p> <p>MADRID 31 DE DICIEMBRE DE 1871.</p>	<p>EDITORES</p> <p>J. CASTRO Y COMPANIA.</p> <p>ADMINISTRACION: Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</p> <p>NUM. 26.</p>
--	---	---

SUMARIO.

TEXTO.—Cuadros populares de transcendencia, por F. C. Delra.—El Porvenir, por Ernesto García Landerer.—El martirio de la ciencia, por Manuel Elzabun.—Los Reyes, por Juan Pedro Barcelona.—Quien es el pueblo por Ubaldo R. Quiñones.—Un recuerdo, por A. Vinardell Roig.—La casa de Dumas, por Gil Gomez.—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.—Advertencia importante.

GRABADOS.—Un tratante de ganados en la vega de Granada.—La casa de Dumas (padre).—Camino del mercado.

CUADROS POPULARES

DE TRASCENDENCIA.

Costumbres taumáticas.

I.

En un día solemne se queria dar aparato á la promulgacion de la Constitucion democrática; celebraban los hijos de la Ballena una de esas reuniones que, por ofensivas y morales, no hallaron quizá impedimento en los buenos tiempos de la monarquía y de la Inquisicion. El sitio era un circo, la multitud inmensa ocupaba las gradas.

El toro, el caballo y el hombre se hallaban en el centro.

Todo era bullicio y algazara, contento y alegría.

De repente un ¡ay! desgarrador resuena en todos los ámbitos; hombres, mujeres, niños, se levantan consernados. Desmayos, imprecaciones, suceden á las demostraciones de gozo.

El toro ha ensartado á un hombre...

Aquel hombre se llama el *Tato*.

La multitud se contrasta, y poco despues la fiesta termina y aquel tropel desaparece.

II.

La cogida del *Tato* vino á hacer patente de nuevo á los ojos asombrados de la multitud, que no hay destreza bastante para eludir los peligros que cercan al lidiador.

Pero ha venido á demostrar que en este país la monarquía, el poder, están siempre al lado de los cuernos; consideran á las gentes que bajan al redondel y las distinguen más aun que á aquellos que representan las glorias nacionales.

¡Las glorias nacionales! El toreo es, sin disputa, la gloria nacional por excelencia. Nadie compite con nosotros en este ramo del arte y de la ciencia humana.

Generales y marinos se hallan en todas partes. Por eso los miembros del poder ejecutivo, que dejaban abandonado en su aislamiento cuando yacia casi exánime en el lecho del dolor al héroe del Callao, acudian presurosos á rendir un tributo de admiracion, á manifestar sus

simpatías en nombre de la gran nación, en nombre del *sufragio universal*, al desgraciado *Tato*.

No censuramos seguramente á aquel que se interesa y se desvive por reformar, por mejorar, por aliviar la suerte de cualquier ciudadano. ¿Cómo habíamos de permitirnos nosotros, que profesamos profundo respeto á la vida en todas sus manifestaciones, zaherir á aquellos que se presentan allí donde se padece para llevar un consuelo y mitigar un dolor?

Pero creemos que las personas que se hallan en tan elevada posición deben meditar mucho cómo distribuyen sus afectos para no caer en ridículo espantoso.

Y aquellos gobernantes que desde el palco donde presidían una función nacional bajaban á la alcoba del desventurado que había expuesto su vida para divertir al público, cuando hay otras desgracias y otras miserias y otras calamidades más dignas de respeto, más dignas de aprecio, más inesperadas é inevitables, no cumplían ciertamente con su deber; fomentaban, aplaudían, daban carácter á aquel juego peligroso donde cualquier azar, cualquier descuido priva de la vida á un hombre, y donde se martiriza á los animales destinados al trabajo y á ser útiles bajo muchos conceptos, á la industria y á la producción.

III.

La *cogida* había sido fatal. Menos afortunado que *Desperdicios*, que ha desperdiciado lastimosamente su personalidad, dejando en el sitio del combate mucha sangre preciosa sin beneficio alguno para los humanos; que ha visto acribillado su cuerpo y saltar de la órbita un ojo; pero que se ha mantenido tenaz en su puesto volviendo una y otra vez á la cabeza de la fiera, debía el *Tato* quedar inútil á consecuencia de esa *cogida*, por más que formaran empeño en salvarle, los aficionados y los hombres de la ciencia.

El *Tato* ha sufrido todas las contingencias, todos los martirios consiguientes á una herida que, destrozando los tejidos de la pierna, había hecho perder al paciente mucha sangre. En vano se intentó acudir á todos los recursos para evitar la amputación, que inutilizaba á esta celebridad taurómaca.

Los aficionados tuvieron que resignarse, y el paciente ha visto en peligro su vida por el empeño de salvar sus remos, dejándole en aptitud de continuar las lidias.

Y la multitud, siguiendo el ejemplo del poder ejecutivo, asediaba la casa del enfermo para averiguar de minuto en minuto las consecuencias de la enfermedad.

Ha servido esta desgracia que venía á manchar con sangre un día que pretendían hacer de júbilo por ser el punto de partida de una era nueva de ventura, de paz y libertad?

Las corridas de toros no se han interrumpido, y gracias á la estación ha venido á establecer ahora un paréntesis, haciendo imposible el sangriento espectáculo.

Pero la multitud, digámoslo, no siente ya hacia esa función el cariño que en otros tiempos llevaba á las gentes á empeñar los colchones con el objeto exclusivo de acudir á presenciar el espectáculo. Bastaría con buena voluntad y buenos ejemplos para dar el golpe de gracia á ese resto de épocas salvajes.

IV.

Si en Madrid excitaban entusiasmo las corridas de toros; si hay pueblos donde es indispensable que el día del Patrono haya alguna desgracia que lamentar, gracias á la costumbre de correr toros ó vacas, en Andalucía puede decirse que existe el núcleo, el centro, el eje de esas fiestas, toda vez que allí, más que en otras partes, se educan los grandes maestros; toda vez que allí existen numerosas plazas y se han repetido incesantemente las corridas.

Pues bien; en Andalucía, en Sevilla, con ocasión de las reuniones populares, de las manifestaciones hechas para solemnizar y dar apoyo y fuerza á la formación del *Pacto*, hubo una gran reunión en la plaza de Toros, donde se hallaban congregadas más de 15.000 personas.

Ante esa asamblea republicana y en medio de los discursos, y en medio de la agitación, y en medio del entusiasmo, se oyó la voz de Pérez del Alamo que decía: «Nos hallamos en un sitio donde los aristócratas, los privilegiados, los hombres que viven de los abusos vienen á divertirse, á recrearse, causando la abyección de algunos de nuestros conciudadanos, que por unas cuantas monedas sirven de escarnio y de ludibrio á las pasiones de la muchedumbre.»

Unánimes, estrepitosos aplausos cubrieron la voz del orador, significando bien á las claras el disgusto y la repugnancia de aquella muchedumbre hacia ese espectáculo, que algunos se atreven á calificar aun como una gloria nacional, como una señal característica del genio español.

V.

Costumbres bárbaras y repugnantes que la civilización condena, que la época rechaza. Si hubo tiempos en que el hombre podía admitir que todo cuanto le rodeaba era enemigo, tendía á destruirle y debía ser por él destruido; si hubo tiempos en que se consideraba aislado, en que su ignorancia le llevaba á ser esclavo y en que el egoísmo y la abyección de la miseria le condenaban á ser juguete de los que ejercían autoridad; si pudo resignarse á cumplir la destrucción, la matanza y la carnecería en su raza y en las razas de los seres que le rodeaban, han venido la filosofía y la ciencia de consuno á mostrar cuánto error era el de considerar la materia desprovista de sensibilidad, y cuánto mayor el de abrogarse un derecho de hacer padecer innecesariamente á los otros seres que tienen un destino que realizar más ó menos extenso, más ó menos conocido, pero inmutable é ineludible.

Lejos de nosotros por ahora la idea de pretender que el hombre llegue á privarse del uso de las carnes, y que respete en los animales la inviolabilidad de la vida; porque una vez más en ese terreno haríamos en el reino vegetal iguales derechos al respeto, iguales motivos de abstinencia.

¡La vida! Nadie ha descifrado aun ese misterioso arcano; nadie ha puesto su dedo en la clave de ese enigma; nadie la define. Pero la verdad es que la vida se halla en todas partes, en el mineral como en el hombre, que es una de las más complicadas manifestaciones. Y es

que la vida es una; y en cada parte de ese todo inmenso que contemplamos solo venimos á encontrar manifestaciones del incomprensible fenómeno.

Lejos de nosotros, decimos, la pretension de que la humanidad no utilice los servicios de la creacion, que no disponga del animal para hacerle figurar dignamente en el mobiliario del planeta contribuyendo como instrumento de perfeccion al progreso. Pero de esto á asen- tir, á aprobar que innecesariamente, por diversion, por egoismo de algunos, pueda inferirse daño y destruirse y mutilarse aquello que padece, hay una gran distancia.

¿En qué os fundais los que defendeis todavía la bárbara costumbre del toro? En nada. Cuando más fuertes os mostrais en la argumentacion venis á hablarnos de Leotard, de Mme. Saqui ó del famoso Blondin. Tambien en nuestro deseo de defender lo que no es defendible ci- tais los ejemplos de los *boxeadores* ingleses.

¡Y se os ha olvidado! Aun hay otra costumbre indigna, que constituye una diversion sangrienta y que acaba de llenar de horror á una capital que pretende ser la capital del mundo civilizado. Esa costumbre es la de los domadores de fieras. El desgraciado Lúcas acaba de morir víctima de una herida que recibió no há mucho en una de esas exposiciones que se verifican ante un público *ilustrado, ávido de emociones*. Pero, confesémoslo para mengua nuestra, para baldon de un gobierno que se llama popular y que habla mucho de derechos y de libertades, el tirano de la Francia, el emperador Napoleón inmediatamente prohibió, tarde ciertamente, esa horrible diversion que agitaba los nervios y conmovia violentamente á los espectadores.

VI.

Y en España, 10.000 espectadores han presenciado la cogida del Tato, los altos poderes del Estado han ido á visitarle ¡oh filantropía sin igual...! y las corridas de toros han continuado para probar una vez más cuánta es la locura de las gentes, hasta dónde raya el espíritu de imbecilidad y de rutina...

¿Creerian acaso los hombres del gobierno que era imposible quitar las corridas de toros, como han pretendido sostener que seria impopular hacer la separacion de la Iglesia y del Estado? Pobres gentes, que obedecen todas las supersticiones del pueblo y le adulan cuando pretenden llamarse sus señores, cuando se hacen la ilusion de dirigirle y son solo explotadores y dominadores.

La separacion de la Iglesia y del Estado; la consagra- cion del derecho de asociarse los ciudadanos formando una jerarquia de potestades, que establecen una escala hasta llegar al cielo. Así se respetan todas las preocu- paciones; así permanece incrustada la ignorancia y la miseria en el seno de esta sociedad; así gana de uno en otro la lepra vergonzosa de la inmoralidad todos los ór- denes y todas las esferas de la vida.

F. C. BELTRAN

EL PORVENIR.

¿Qué claridad es esa que avanza? ¿Es una nube lo que ha pasado? No. Es una noche. La claridad que la empu-

ja es la democracia. Esos negros vapores que velaban el horizonte ocultaban un sol de justicia, cuyos rayos aun no han herido la pupila de nuestra generacion. Ahora los vemos asomar en lontananza y nuestro corazon se llena de alegría. Escuchad, allá donde aun dominan las sombras, gritos de maldiccion, ruido de cadenas, chas- quidos de látigos que azotan frentes humanas, estrépito de tronos que se desquician y de cadalsos que se vienen á tierra, choques de miles de hombres que se destruyen unos á otros en los campos de batalla, murmullos trias- tes de un río de sangre que tala las campiñas, confusion horrible de rumores de orgías, coronas que caen, muros que se desploman, cañones que truenan, voces, ge- midos, ayes y convulsiones siniestras de un mundo que se estremece bajo la planta de los tiranos.

Mirad hacia donde el sol se eleva.

¿Qué es lo que veis? Un mundo que despierta; el pasado no ha sido más que un sueño. Mirad, mirad: el esclavo rompe sus cadenas, el opresor huye, la madre abraza al hijo, diciéndole: «Ya nadie te separará de mí la- do!» El fusil se ha convertido en arado y el cañon en máquina; la bandera blanca flota al viento, el olor de pólvora se ha devanecido, los hombres se abrazan, las mujeres y los niños lloran de gozo, el cielo se vuelve azul, la atmósfera se despeja, se oyen explosiones de un júbilo inmenso, parece que la humanidad estaba muerta y resucita, los pueblos salen de sus tumbas y se re- unen formando un solo pueblo, las voces que cruzan el aire forman un himno sagrado, á cuyo eco el suelo que pisamos se estremece de alegría...

¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¿Ocurre algo grande? Si; los sacrificios de tantos mártires han dado sus frutos; el hombre se ha levantado de la esclavitud en que yacía.

Hay ciegos que no ven la claridad de esta aurora, y sordos que no escuchan esos rumores de libertad. Hay quien niega todo progreso, y quien se opone á la marcha incesante de las sociedades. Hay quien quisiera que fuesen eternas las densas sombras que van pasando, y solo conciben al sér humano unido á la tierra, vegetan- do á la sombra del campanario, sujeto á la perpétua tu- tela de un semejante, ante el cual, según le han dicho, tiene que inclinarse la frente. Esperando un día y otro que la aurora brille para herir el seno humeante del suelo que pisa, y cuando la tarde muere caer réndido de can- sancio entre el polvo de la gleba. Besar luego la mano que le da el sustento y doblar la rodilla, dando gracias y tributando respeto al señor que ha nacido para ser dueño suyo.

¿Y es esta la vida del primero de los séres de la crea- cion? Si ese sér dotado de inteligencia, perenne sol á cuyo calor brotan á la luz nuevos mundos, no la em- plea en crear cosas grandes, cosas dignas de sí; si ese sér cuya imaginacion privilegiada le coloca sobre todos los demás séres de la tierra no la emplea en buscar, flotante sobre este mundo material otro mundo más grande, otro mundo inmenso, el mundo del espíritu, el mundo de los grandes sentimientos y de las grandes ideas, estrella luminosa que hace al hombre provocán- dolo hacia el progreso, hoy más digno que ayer y ma- ñana más digno que hoy; si no tiene recuerdos del pa- sado y aspiraciones para el porvenir, si nace y muere sin dejar más rastro de su vida que la breve huella de

su pié, decidme: ¿qué es lo que le separa de la bestia?

Basta tender una mirada sobre la historia para convencerse de que el hombre tiene otro destino más grande. Cada día que pasa deja en él alguna nueva señal

que le diferencia más de los otros seres dotados de vida. Primero es cazador; luego pastor; labrador más tarde; después se asocia con sus semejantes y funda la tribu, viniendo luego el perfeccionamiento de esta, que



UN TRATANTE DE GANADOS EN LA VEGA DE GRANADA.

da por resultado las sociedades, que al fundarse en diversos territorios forman verdaderas naciones.

¡Y qué diferencia entre el hombre de los primeros tiempos, nómada, errante, de el hombre al erigir la ciudad y al formar con la agrupación de ciudades la nación! El hombre en esta época ha dilatado el horizonte de su vida. Ya tiene hogar, ya tiene patria; ya su inteligencia se manifiesta de una nueva forma; ya tiene industria. Se enriquece su vida con mayor suma de pensamientos y mayor suma de sentimientos, y llegan la ciencia y el arte, radiantes soles que iluminan las inmensidades del espíritu y con frases de luz impresas en el azul del firmamento dicen al hombre que no ha nacido para esclavo.

Ese negro velo que se ha interpuesto entre la luz divina y nuestros ojos, se rasga. Ya caen esos vetustos tronos que al lado de los patibulos sirven de obstáculo á la marcha de la humanidad, pues la humanidad avanza y los empuja, tienen los cimientos carcomidos y forzosamente tenían que venir á tierra.

Se acercan los tiempos. ¡Pueblos oprimidos, va á sonar vuestra hora, está próxima vuestra redención! Juventud ardiente, legion mártir, ¿no te dicen los latidos del corazón que tu triunfo está cercano? Si: los despojos están mudos de espanto, los tronos crujen, los pueblos se levantan, las coronas se funden, el mundo entero se despierta. Una brisa dulce y suave halaga nuestras banderas. Como nubes que amontona el viento allá en el horizonte lejano se agrupan más las sombras y se unden con sus senos preñados de horrores.

No ver este espectáculo, es lo mismo que no ver la luz del día. Negar que triunfa la República, es negar que la humanidad avanza.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

EL MARTIRIO DE LA ELOCUCION.

(Recuerdos de una revolución.)

II.

Las revoluciones son ciegas; á veces son ingratas y pueden llegar hasta á ser criminales. La revolución francesa fué despiadada. No se contentó con sacrificar en Luis XVI la mansedumbre y en María Antonieta el orgullo, sino que saliendo del gremio de sus enemigos inmoló en Marat la pasión y en Robespierre la fe; en madama Roland el ardor y en Carlota Corday la abnegación; en Desmoulins el sarcasmo y en Saint-Just la inflexibilidad; en Barbaroux el valor y en Condorcet la filosofía; en Danton el génio, en Chenier la inspiración, y en Vergniaud iba á llevar á cabo *el martirio de la elocución*.

Ya lo habia predicho el mismo Vergniaud: «la revolución es como Saturno, que devora sus hijos»; presentimiento que no tardó mucho en verificarse en sí propio: pues hijo de aquella revolución, iba á sentir bien pronto cómo se trituraba su cráneo entre los dientes de su madre. Verdadero fundador de aquella República, que en una victoriosa gradación habia preparado, acusando al

rey, pidiendo la proclamación de la patria en peligro, suspendiendo la monarquía y por último proponiendo aquella Convención que habia de proclamarla, no por sus labios, á quienes de derecho correspondía aquel grito que traía en su pecho la nueva jóven Asamblea, sino por los del antiguo comandante Collot d'Herbois, que más tarde se habia de aliar á los acusadores del sublime tribuno, habia hacer que la Francia aceptara el sacrificio que él le habia hecho de su persona y le condenara y aprisionara en las mismas cárceles donde se habian albergado en los momentos del último adios á la vida los mismos que él habia derribado por la salud del pueblo, y desde donde se le habia de conducir á ahogar su milagrosa palabra en el mar de sangre, en que le hubiera de sumergir aquel ingrato pueblo que tantas veces experimentará las palpitaciones de su corazón en el espasmo de un entusiasta delirio; y que, sin embargo, iba á renunciar á aquella voz, contentándose con oír vibrar su eco en las sonoras bóvedas del templo de la historia.

En efecto, así fué. Apenas llegado Vergniaud desde la oscuridad de Burdeos á la Asamblea legislativa, se habia hecho dueño de ella, y en los más grandes conflictos por que atravesara la patria, siempre se esperaba de sus labios una salvadora solución. Su partido habia llegado al poder, y mientras dominaba en el ministerio por Roland, Servan y Claviere, tenia por suya la Asamblea con Brissot, Guadet y Gensonne, y más que por nadie por la incontrastable fuerza de la oratoria de Vergniaud. En los últimos momentos de la Legislativa le vimos ser dueño de ella, hasta el punto de llevarla por su propia iniciativa al decreto de suspensión de la monarquía, dando él mismo la vida á aquella Convención, desde la que, como siempre, hizo oír su palabra contra toda tiranía, ya viniese de arriba, ya de abajo, sin temor á los peligros de que estaba rodeado, y con absoluto desprecio de su propia existencia.

Pero antes de que la Legislativa agonizara, y en tanto que la Convención se preparara á nacer, Vergniaud trabajaba confiado en la marcha de la cosa pública desde el seno de la Asamblea. Había por entonces en el teatro Francés en París una jóven actriz, bella, impresionable, poeta, hacia la cual el corazón ardiente de Vergniaud se acercaba, atraído por una simpatía que le habia buscado, y concluyó por hacerle idolatrarla. Pasaba con ella muchas horas en el seno de un amor correspondido. Juntos muchas veces se admiraban de poder vivir en el cálido regazo del hogar aquella tranquila paz, en tanto que en el tumultuoso cauce de las calles se presenciaba aquella terrible guerra; Pero ¡qué contraste! Mientras Vergniaud trabajaba en la Asamblea por la piedad y descansaba de sus tareas en los brazos de la vida, del cariño y del amor, en un aposento de artista rodeado de la dicha y la felicidad, otro hombre abogaba en las calles por la venganza, y se deleitaba en la muerte, en el odio y en el terror, rodeado del silencio y de las cavilaciones, dando cuerpo á una maldad siniestra, que hacia tiempo revoloteaba alrededor de su cerebro en la oscuridad de su subterráneo.

Este hombre meditó antes y propuso después su aberración á otro, que no dudó en aceptarla con todas

sus consecuencias, por no ceder á nadie la superioridad, aunque esta fuese la superioridad en lo execrable. Ambos combinaron en el secreto la odiosa iniquidad, comunicáronla á sus secuaces y la pusieron por obra. El uno era el apóstol de la pasión, y se llamaba *Marat*; el otro era la audacia del génio, y se llamaba *Danton*.

Gemia por aquel tiempo en las prisiones una multitud inmensa de sacerdotes, de palaciegos, de suizos y de nobles, y la sangrienta é insaciable imaginación de *Marat* había hecho concebir la sospecha de que conspiraban auxiliados por el exterior, y que aquellos indefensos prisioneros podían en aquel caso arrojarse sobre París y devastarlo. Pensó en asesinarlos, *Danton* le ayudó, el Consejo de vigilancia tomó sobre sí el trabajo de ejecución, y el 6 de Setiembre de 1792 los patios de las cárceles donde se había verificado la matanza estaban cuajados de montones de cadáveres, sobre los cuales se sentaban los verdugos á apagar la sed, el hambre y el cansancio en aquel taller de la muerte.

Desde el 2 hasta el 6 duró aquella horrible carnicería. Las víctimas se hicieron llegar hasta dos mil. Nadie osaba censurar el hecho. La Asamblea enmudecía como si ignorara, y solo diez días después de realizado se atrevió *Vergniaud* á maldecirlas. Su discurso fué interrumpido á cada frase con aplausos y concluido espontáneamente con un heroico grito y un atrevido juramento, que levantó como en el 10 de Agosto su auditorio, en un movimiento general, como si fuese movido por un resorte á hacer el sacrificio de su sangre antes que mancharse con la ajena. Más tarde, cuando la arrojaban al rostro de *Danton*, él contestaba con la franqueza audaz de su carácter: «Miré mi crimen frente á frente y lo cometi.» Lo cierto es que *Marat* lo concibió, *Danton* lo aceptó, *Robespierre* lo encubrió, la Asamblea lo consintió, el Consejo de vigilancia lo ejecutó y París entero fué su cómplice. El arroyo se había convertido en torrente, *Vergniaud* pretendió detenerlo, pero venía desbordado y terrible y le arrastró á él también en su enrojada corriente.

La Convención se abrió entonces: apenas habían pasado quince días de los asesinatos y aun se impregnaba la atmósfera de París con las emanaciones fétidas del crimen. Su primer hecho fué dar vida á la República, sacándola á luz de entre los rojos charcos de Setiembre. Los girondinos, y en particular *Vergniaud* y *Condorcet*, á quienes de derecho correspondía la iniciativa, quisieron retardarla, evitándole así una cuna de sangre. Pero la juvenil impaciencia de unos cuantos la anticipó, siendo esta causa de que no fuese proclamada por labios más puros y autorizados que los de *Collot d'Herbois*, quien apenas lanzara la anhelada palabra en medio de aquella muchedumbre de hombres, vió en ella la unanimidad completa al aceptar su grito, que fué como la chispa eléctrica que incendió en un instante aquella republicana pólvora de patriotismo.

Luis XVI estaba á la sazón en el Temple, pero no olvidado. La Convención se acordaba de él, y los más exaltados pedían su vida. *Danton* la deseaba, *Robespierre* la quería, *Marat* la necesitaba y *Saint-Just* la exigía. Por fin estaba sobre la mesa la fortuna ó la desgracia del Borbon encarcelado. Se echó la suerte: la suerte le fué adversa, y la Convención arrojó aquella

cabeza al pueblo, como se arroja un pedazo de carne á una fiera para entretenerla en su hambre. Los girondinos, que habían peleado por la vida y se habían opuesto á la muerte de un hombre, siquiera fuera un rey, es decir, un tirano, cedieron al fin torturando su conciencia á la sanguinaria venganza de los jacobinos, y *Vergniaud*, que dijera ser una cobardía votar la muerte de un indefenso y desarmado, no tuvo más tarde la suficiente valentía para oponerse á aquel sacrificio que había de traer tantas complicaciones á la Francia y tanto anatema á los franceses, pues *Luis XVI*, desterrado, hubiera sido más pequeño, hubiera hallado más olvido y perdido más defensores, cuanto *Luis XVI*, cubierto con toda su mansedumbre y decapitado con toda su familia, se hizo más grande y halló más lástima y conquistó más soldados; que la humanidad es siempre generosa y simpatiza siempre con los desheredados, y los afligidos, y los sacrificados. Su muerte no sirvió más que para divinizarle en el tiempo, porque el martirio es una aureola que resplandece en cualquier frente.

Era en aquellos momentos cuando *Robespierre* gozaba ya de gran popularidad. Los girondinos, quizá demasiado temerosos de una dictadura, comenzaron su cruzada contra aquel en quien presentaban concentrarse un tiránico poder. Acusáronle de haber permitido que se le nombrase como el único hombre de virtud y de haber procurado por todos los medios un despótico mando. La victoria al parecer fué completa, pero á *Robespierre* no le intimidó. No acostumbraba nunca á improvisar y ménos en cuestión tan grave. Pidió se le concedieran días para contestar, pasados los cuales pronunció su defensa y salió cubierto de aplausos. Desde aquel día su estrella no se eclipsó, hasta que su mano fué la única conductora de los destinos de la Francia. Aquel aborto del terror, pálido y rígido como la muerte misma, una vez dueño de la revolución, creyó que las ideas se matan exterminando apóstoles, y quiso purgar á su patria del error decapitando génios. Acusó á los girondinos de atentar contra la unidad é indivisibilidad de la nación predicando el federalismo; y el pueblo que le escuchaba, preso de la atonía del alma, los condenó porque *Robespierre* los acusaba, y *Robespierre* era para ellos el salvador del pueblo, que había subido uno á uno los peldaños de la gran escala, y se exponía desde su cúspide á la mirada del mundo y á la obediencia de la Francia como el oráculo sobre el trípode. ¡Vertiginosa altura, desde la cual había de caer su cabeza como una bomba en medio de la plaza del cadalso!

En tanto que *Robespierre* acusaba á los girondinos en la Asamblea, *Camilo Desmoulins*, cuya pluma de oro él empapaba en cieno, al mismo tiempo que lamía cobarde la planta de *Danton*, los acusaba en sus folletos callejeros de supuestos crímenes con vergonzosas invenciones. La credulidad aceptó aquellas mezquinas falsedades y los persiguió. La Convención los mandó encarcelar en las prisiones que aun guardaban los ayes de las víctimas de Setiembre. Allí permanecieron hasta los últimos momentos de la vida, firmes en su convicción é inquebrantables hasta su muerte. Ninguno desmintió su valor ni manchó su vida con accesos de debilidad. *Vergniaud* tenía veneno y lo arrojó para esparir el momento en medio de reflexiones, después de

haber grabado en la pared con segura mano y propia sangre el epitafio de su tumba: *Potius mori quam foedari*. Algunas veces, mezclándose con sus amigos, dejaba escapar alguna relampagueante frase; ellos le instaban para que las anotase para defenderlos; pero él no se dignaba recoger, como dice Lamartine, aquellas migajas de su génio.

Llegó por fin el día de la vista del proceso y se les condujo al tribunal. Todos entraron en la sala con la cabeza erguida y la frente limpia de toda mancha. Se sentaron en el banco de los acusados y oyeron su acusación. Se defendieron y callaron, como también calló el tribunal para romper luego el silencio con la sentencia. Unos la oyeron con resignación, otros con muestras de furor. Vergniaud, que según Thiers tenía aquel día algo de desdenoso y fiero, con la divina altanería del mártir. Solo Valazé, lleno del ardiente deseo de morir, sacó un puñal oculto entre sus ropas y lo escondió en la sangrienta herida de su pecho, suicidio que no le excluyó de ser conducido al cadalso lívido y yerto. El tribunal así lo decretó. Todo había concluido en aquel lugar. Salieron del salón victoreando la República y arrojando al pueblo las monedas que les quedaban, como para desposeerse de todo lo terreno. Al llegar de nuevo á la prision encontraron allí una suntuosa cena. Era la mano de Bailleul, que libre de la muerte en su escondite, cumplía su palabra de celebrar su dicha ó su desgracia. Los moribundos se sentaron á celebrar su muerte. A la conclusión Vergniaud levantó su voz. Las primeras tintas del alba daban aun más palidez á su rostro; el silencio más sonoridad á su palabra; el cadáver frío de Valazé á su lado más fúnebre verdad á los conceptos de aquel que hablaba de la *inmortalidad del alma*. Nunca su acento fuera más grandioso, nunca su inspiración fué más radiante. Era la elocuencia, que le revelaba á orillas de la fosa, donde despues de un instante debiera ser sepultada.

El día clareaba y la hora de la muerte se acercó. El ejecutor entró á cortar los cabellos de los sentenciados y á prepararlo todo para el momento del suplicio. Vergniaud sacó su reloj, escribió en una de sus tapas unas iniciales y la fecha de aquel último rasgo de su mano, y lo envió á aquella jóven á quien se había unido en vida con los lazos del amor, y se iba á unir en muerte con los vínculos de un recuerdo sagrado. Las carretas se acercaron á conducirlos y fueron trasladados á ellas. Allí iban todos, incluso Valazé, cuya sangre se había coagulado y ennegrecido sobre su cuerpo, y cuya pálida cabeza rodaba entre los pies de sus amigos.—Era la única garganta que no entonaba un himno, sí, la *Marsellesa*, ese entusiasta pensamiento desprendido de la mente de Rouget de l'Isle en inspiradas y sonoras notas, era la única queja que exhalaban aquellos hombres, que parecían con su canto estar contentos de su muerte.

Una vez llegados al cadalso subieron los escalones de aquel tablado donde iban á representar su última desgarradora escena. Inmenso populacho presenciaba la ejecución; ni un momento cesaron los ecos de aquellas varoniles voces. La cuchilla parecía medir en sus golpes el compás de aquel canto. Cada cabeza que caía era un mundo de ideas que se desplomaba en el cesto, como

esos otros mundos del espacio se desquiciarian en el vacío, si así como en estos se rompían las leyes de la justicia, en aquellos se interrumpieran las leyes del universo. Así fué que el coro triste y lúgubre se fué debilitando como la voz de un hombre que, empeñado en cantar hasta la muerte, estuviese sintiendo como lentamente se apagaba su acento á cada gota de sangre que se desprendiera de la catarata de su costado, hasta que su última imperceptible nota se le escapara con la vida. Veinte veces había caído la cuchilla, y otras tantas veces había resonado aquel ruido en el pecho de un hombre que había presenciado la muerte de todos sus amigos, y que, único ya, entonaba su himno. Era Vergniaud, decapitado el último. Su sola voz hería el timpano de aquel encarnizado pueblo. De pié aun, con la cabeza erguida, se veía resplandecer en su frente un no sé qué misterioso que debía ser su génio, más que nunca impaciente por remontarse hasta el cielo. Pasaron unos momentos, y su boca cantaba la conclusión de una estrofa, y como si no quisiera su patria ni aun eso concederle, el sangriento filo de la guillotina cortó sus palabras cortando su garganta y separando aquella divina cabeza, que fué á besar las restantes que le esperaban en aquel cesto, que lloraba sangre. El génio de Vergniaud le había hecho superior en vida á aquellos compañeros de martirio, y el destino quiso también que en muerte aquella pirámide de cabezas tuviese la de Vergniaud por cúspide.

Así se desvaneció en el aire la más hermosa palabra de la Francia; nadie como él había tenido aquellos arranques de ciceroniana tribuna, y nadie como él la había levantado á tanta altura, sobrepujando casi siempre sus modelos, llevando tras sí los corazones en la sublimación del entusiasmo, esparciendo la pura luz de su conciencia libre en todos los cerebros y predicando siempre la piedad y la mansedumbre y el amor á todos los hombres, desde todas las tribunas y aun á las puertas mismas de la tumba, en donde transfigurado y glorioso se desmayó en los brazos de la muerte.

¡Espíritu de Vergniaud! Consuélate allá en la mansión de los justos, que si tu cabeza cayó bajo la cuchilla marchitando tu vida, tu sangre regó tu idea haciéndola prosperar, y si tu destino no te permitió ver realizada en la tierra tu generosa aspiración, desde el cielo presenciáras la libertad y la fraternidad de los pueblos, desde cuyo divino paraíso darás sin duda gracias á los que te inmolaron en aras de la patria, procurándote de ese modo ser uno de los apóstoles y uno de los mártires de la convicción republicana.

MANUEL ELZABURU.

LOS REYES.

En una humilde casita,
espejo de la honradez,
se encuentran un pueblecuello,
un jóven y una mujer,
desconsolados sin duda
puesto que lloran los tres.
—¿Por qué lloras, pobre, anciana?

—No preguntéis el por qué.

Lloro por mi hijo querido
que quizá no vuelva á ver;
por mi hijo, que fué soldado
para defender á un rey,
y que algún día luchando
con sus hermanos tal vez,
morirá matando á un tiempo
la madre que le dió el ser.

—Y tú, niño, ¿por qué lloras?

—Lloro porque Juan se fué,

y Juan traía dinero.

—¿Dónde lo gastó?

—Para comprar que comer;

y cuando estaba mi hermano,

el que ahora soldado es,

ningún día tuvo frío,

ni sufrió el hambre y la sed,

ni me puso nunca enfermo

porque me cuidaban bien.

—Y tú, robusto manecbo,

¿lloras...?

—¿Y qué puedo hacer?

Cuando de mi hermano al lado

vivíamos todos, y él

solicito trabajaba,

y había en nuestra estrechez

más dicha y más alegría

que en la casa de un marqués;

hoy no está, y ya la desgracia

sobre nosotros cruel

se ceba. Ayer mismo el amo,

no contento con hacer

que trabajé entorece horas

por un mequino interés,

quiso obligarme á que fuera

un voluntario del rey,

del que á mi hermano nos roba,

y como yo me negué,

sin atender á mis ruegos

me despidió del taller.

—¡Pobre madre, pobre niño,

Pobre manecbo también!

Esto ocasionan los reyes;

la ignorancia, la escasez,

la miseria, el privilegio

y la tiranía; ved

sus consecuencias fatales

sobre el pueblo recaer,

y con estas enseñanzas

solo á oídarles aprenden,

que el pueblo honrado no puede

ni feliz ni libre ser,

mientras esté encadenado

al despotismo de un rey.

JUAN PEDRO BARCELONA.

¿QUIÉN ES EL PUEBLO?

(Continuación.)

Recorrer rápidamente la historia considerada en el orden político para encontrar la ley que preside á las evoluciones de la humanidad, y deducir de ella los medios para mejorar el estado moral y material del pueblo,

será el objeto de mi propósito, teniendo en cuenta la índole de esta publicación, á cuyos estrechos límites tengo que circunscribirme.

El origen de todos los pueblos está envuelto en la más profunda oscuridad, y puede asegurarse que el género humano, como el niño, no conserva apenas recuerdos de su infancia; la vaga tradición tan solo, remontrándose á la época en donde el hombre pudo reconocer su personalidad, reflexionando en sí con el auxilio de la razon y posteriores hechos, podría darnos una idea aproximada de la primera edad de la familia humana.

Desde el momento en que consideramos la naturaleza de nuestro sér, hallaremos dos grandes necesidades que satisfacer. Las físicas, que son la existencia de nuestro cuerpo. Las morales, que son la existencia de nuestra alma ó esencia. El hombre, para colocarse á la altura de su mision, no le basta asegurarse de ciertas producciones de la tierra, indispensables para su conservacion, y que engendran en él la necesidad de ser propietario en todo lo que es continuacion de su personalidad humana. Otra condicion física es indispensable: la union del hombre con la mujer, cuya union es rigurosamente necesaria para la conservacion de los hijos.

La primera condicion moral es su inteligencia, que le da á conocer un nuevo mundo, el Sér Supremo, su sér y todo lo que le rodea; con ella analiza y compara; de este análisis y comparacion nace el amor á la Naturaleza; con el amor, la religion y todos los dogmas de moral fundados sobre el *deber* y el *derecho*, nuestro amor á los semejantes, que depende de la accion impuesta á la voluntad, cuyas leyes son las mismas del amor y la inteligencia. Estas dos condiciones unidas constituyen la verdadera religion en lo que tiene de primitivo y radical. El hombre es uno, y no hay dos hombres: el uno puramente físico y el otro puramente intelectual y moral. Las leyes del hombre inteligente y moral y las leyes del hombre físico convergen á una misma unidad. Las leyes físicas de la union del hombre con la mujer, y de estos con el niño, combinadas con las leyes intelectuales y morales de donde emanan el deber y el derecho, resulta lo que se llama matrimonio, familia, sociedad.

Las leyes físicas relativas á la posesion de ciertas producciones de la tierra indispensables para el alimento de la vida, combinadas con las leyes intelectuales y morales constitutivas del deber y del derecho, son lo que se llama propiedad.

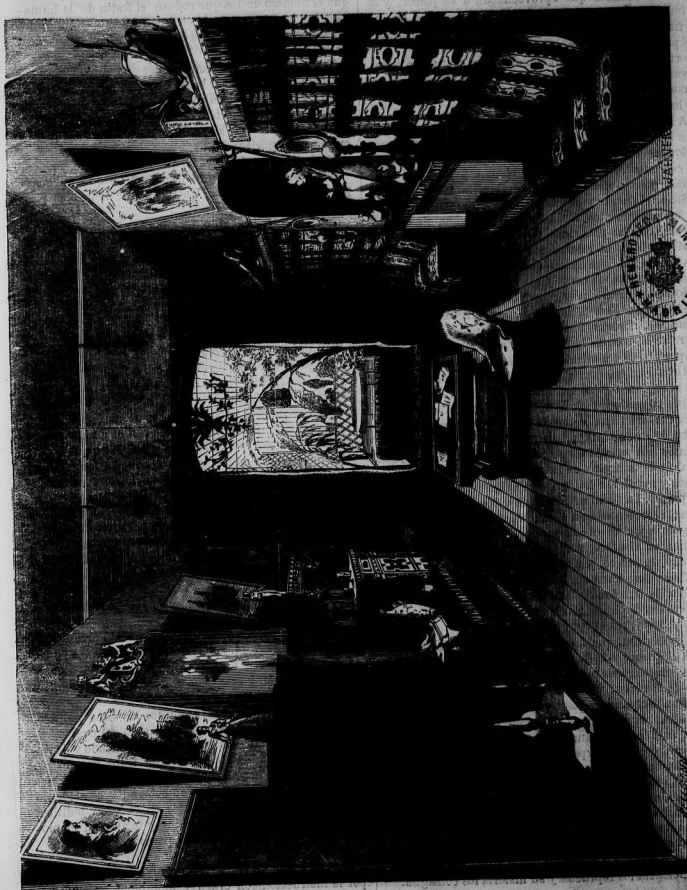
El animal posee; pero solo el hombre es propietario, porque á la posesion se agrega la idea del derecho dada por la inteligencia.

La religion, la familia, la propiedad y la sociedad son para el hombre condiciones primordiales de su existencia. Así le vemos desde luego, bajo el imperio de una religion sencilla separada de las especulaciones positivas y religiosas, vivir en el estado de familia, cuyo estado se perpetúa particularmente en los pueblos nómadas y pastores de la península arábiga; y despues de una larga série de siglos se le encuentra en las montañas de Escocia é Irlanda con sus primitivos usos y costumbres. Otras, impulsadas por el instinto de sociabilidad, fundaron el primer pueblo, la primera ciudad, y con ellas nacieron las artes, industrias y organizaciones, de

donde se han engendrado las sociedades civiles y políticas: las naciones.

El hombre, absorbido en sí mismo, encontraba multitud de fenómenos, cuyas leyes le eran desconocidas,

cuyas causas ignoraba; buscar el punto de partida para la marcha de este camino, resorte del movimiento, luz que lo esclareciese, fué su primera necesidad suprema, y esta suprema necesidad fué la religión.



LA CASA DE DUMAS (PADRE).

Todos los que se dedican al estudio del mundo fenomenal sienten esta necesidad: llámala fatalidad unos; otros: Dios.

La religion sirvió de medio á los tiranos para dominar á los primeros pueblos, haciendo de ellos una especie de rebaños que aprovechaban á su placer, y la primera esclavitud que sufrió el hombre fué la que le impuso la necesidad religiosa, tomándola por modelo para establecer la organizacion social, hasta que teorías más precisas y racionales han sustituido sucesivamente las de otras tantas religiones útiles para robustecer las asociaciones, pero nunca para asegurarlas ni hacerlas cultas.

A los errores del espíritu se unieron los desórdenes que las pasiones provocan; y las religiones, que hasta entonces se habían hecho convenientes, se convirtieron en especulativas, siendo los pueblos sus primeras víctimas, corrompiendo las costumbres, engendrando la codicia, el fraude y la violencia; el fanatismo convirtió en quemaderos los focos de la civilización, desolando las mejores, las más ricas y poderosas ciudades; relajando los lazos morales, desarrollaron la lucha entre los dos principios que hacen que el hombre se considere centro de todas las cosas y el otro que le ordena con relación á un centro más general, y finalmente, al centro del Universo. Esta lucha continúa aparece en la humanidad bajo diversas formas, y cuanto más se complican las relaciones entre los hombres, mayor es su impotencia por efecto del mismo progreso en todos los órdenes.

Siglos han transcurrido para que los pueblos atraviesen la region de las sombras y lleguen al país de la luz, de la verdad; más de cuarenta; y en el diez y nueve de la era cristiana estamos en el crepúsculo matutino del sol de la civilización. ¡Qué de errores y padecimientos han sufrido en su lenta y penosísima marcha á través de la region de las sombras! ¡Qué de mortificaciones y martirios! La opresión había penetrado por todas partes. La familia, sometida á los caprichos de la fuerza, representada en el marido; la mujer sufriendo la poligamia y el divorcio; ningún lazo tenía solidez; la obediencia absoluta á la fuerza no reconocía ningún derecho verdadero, y todo deber determinado por las leyes físicas, no tenía ninguna relacion con ellas: era la obediencia irracional. Cada Estado podía compararse á una inmensa pirámide de cuerpos, al parecer, vivos, cuyo pedestal era el tirano.

La esclavitud, que implica la negación de la personalidad, desconocía la familia, la libertad y la propiedad en sus más ligeras nociones; pero hoy hemos llegado al siglo de la razon, y en este no es fácil quitar á los pueblos una dicha real y positiva, la paz y la tranquilidad, con ideas especulativas, aunque sean audaces; por más que todos los tiranos se unan con la tiara para deshonrar el cielo y usurpar la tierra, destruyendo la especie humana.

Mucho se ha trabajado para borrar de la conciencia humana, algun tanto debilitada por las preocupaciones, las nociones del derecho y de la justicia.

¡Cuánta sangrienta guerra! ¡Cuánto horrible crimen! ¡Cuántos diabólicos medios para llevarlo á cabo, y, sin embargo, todos han sido estériles; la humanidad marcha, su conciencia los reprueba y su historia los consigna.

Es un axioma histórico que los pueblos mejoran su estado político, social y económico; á medida que el progreso de la civilización marca sus adelantos, el proletariado disminuye, la raza humana aumenta; empero, es preciso no detenerse, es necesario marchar y hacer que el número de los que rodean el festín de la humanidad se aumente, porque en aquel festín hay corazones sensibles, almas generosas que padecen con la ausencia de sus semejantes.

Ninguno en mejores condiciones que el pueblo español para ser libre; y no basta quererlo, *es preciso saber ser libre*, como no basta conocer los principios de moral, es necesario practicarla.

¿Qué es la libertad sin trabajo y sin moral? Lo que un cuerpo sin espíritu.

¿Qué es la moral sin fe? Lo que un cuerpo sin corazón.

¿Qué es el hombre sin instruccion? Lo que un cuerpo orgánico sin fuerza. Un ciego que tiene ojos para no ver.

Si hasta hoy el hombre, nacido para la dicha y la libertad, ha sido y es desgraciado y esclavo, y la sociedad, que debiera conservar sus derechos y la conservación de su sér, le degrada y oprime bajo formas distintas con un régimen social tan egoísta como autoritario, la experiencia le enseña al pueblo con deberes y sin derechos dentro de ese régimen; que todo debe esperarlo de sus propios esfuerzos.

Si el tiempo, que no corre en vano, señala en el reloj del progreso que ha llegado la hora de que las verdades que lo constituyen pasen á ser hechos en la práctica, porque la razon humana se halle preparada á esa gran revolucion que nos impone el deber de acelerarla.

Si lo más sensible y lamentable, en el actual estado social del pueblo, es la fingida desigualdad que existe para dividirlo realmente en dos clases, víctima la una de la corrupcion moral, y la otra sufriendo los trabajos físicos.

Si hoy el arte de gobernar constituye el medio de despojar al país de sus riquezas, en perjuicio de la mayoría para beneficio del menor número, y la legislación actual es el medio de convertir todos esos atentados en sistema, ultrajando la razon y la justicia; porque las leyes son contra los débiles, lo que las telarañas contra las moscas, lazos que tienden los fuertes, y la justicia es asimismo de fuerza.

Si los hombres del pueblo no han nacido predestinados para la esclavitud, como aristocráticamente se dice, y todos los gobiernos se constituyen para la dicha y prosperidad de él, y este tiene el derecho de cambiarlos cuando su tranquilidad lo exija.

Si considerado bajo tres puntos de vista político, social y económico se recorre el pasado del pueblo bajo los distintos sistemas que se han practicado y de relieve se examinan bien las causas de todos sus males, aunque todos los tiranos hablen siempre de sediciones para ir devorando poco á poco su soberanía, es evidente que los medios para emanciparse en el orden político, religioso y social le son accesibles y fáciles en el momento que tenga voluntad para ponerlos en práctica.

Bajo el punto de vista político, asegurará su libertad por la instruccion con orden y moralidad, porque esta

le aumenta la suma de derechos para sostener el equilibrio armónico de sus deberes.

Bajo el punto de vista religioso, descartando toda preocupación que le inducen al fanatismo, siempre tan perjudicial, sobre la base de la mutua tolerancia fundará una buena moral en la justicia y el amor á sus semejantes, tan necesario para la felicidad solidaria.

Bajo el punto de vista social debe tener en cuenta que la unidad constituye la fuerza, y esta se consigue aunando las voluntades y los brazos del trabajo, para hacer frente á la *unidad* del monopolio y privilegio, creado á la sombra del régimen actual de la propiedad y escudado por la legislación vigente, basada en el principio de la explotación de los *ménos por los más*.

Emancipación religiosa.

Emancipación política.

Emancipación económica.

Hé aquí tres problemas planteados en Europa por ese cuarto estado, por los párias de ayer y de hoy, por los desheredados de siempre, para quienes todas las revoluciones hechas en su nombre, selladas con su sangre y desarrolladas á sus expensas, solo han tenido deberes que añadir y derechos que conculcar en su perjuicio, aumentando los medios para explotarlos.

El pueblo, los trabajadores explotados por la aristocracia de ayer, esprimidos por los burgueses de hoy, solo podrán emanciparse por completo de esa triple esclavitud con la instrucción, robando el tiempo á sus obligaciones, asociándose, uniéndose, fundando la propiedad en el trabajo, por la solidaridad armónica federativa, y contando siempre en sus propios esfuerzos y recursos, y sin exponerse á aventuras que degeneren en pronunciamientos, donde puedan *dejar carne de cañón que sea su propia carne*.

Instrucción, asociación, orden y trabajo, son las condiciones precisas para que el pueblo se conozca y estime siendo libre.

Estableciendo estos principios y empleando estos medios para plantearlos, comenzará por emanciparse de la ignorancia, que con nombres diversos le creaba una esclavitud sin término y una miseria sin esperanza; asegurará su propiedad moral y material, y con estas su felicidad relativa.

El que, como he manifestado, multiplica los productos de la tierra, domina el viento y la mar, crea el vapor para que su fuerza superior esté al servicio de su pensamiento, hace hablar al papel, para que lo haga inmortal, une los mares, taladra las montañas y convierte en raudales de plata y oro los más caudalosos ríos, es digno de tener el gobierno *que se merezca y la libertad á que se haga acreedor*.

UNALDO R. QUIÑONES.

UN RECUERDO.

Más ¡ay! que sueño fué, fué una lección...

Y un día del uno al otro confin de España resonó potente y majestuoso el grito de la dignidad ofendida con

que todo un pueblo anatematizaba, quizá para siempre, á una raza de inmundos reptiles llamados reyes... y aquel día el sol resplandeció en su zénit con fulgidos colores, y sus rasgos, antes pálidos y sin calor, tornaron la vida á la materia que yacía exánime y sin movimiento é infundieron la esperanza en el corazón, y con ella renacieron el valor amortiguado y el ánimo abatido de los hijos del pueblo español, entonces ¡ay! sumidos en la más negra de las abyecciones.

Aquel... ¡Oh! aquel día fué el *fat lux* de nuestra regeneración política; el caos de la tiranía se disipó y aparecieron sonriendo de júbilo, cual otros Adán y Eva, el *Honor Nacional* teniendo por compañera la *Revolución*. Aquel día... ¡Oh! aquel día las olas del Océano también mostraron su inmenso regocijo, y las playas gaditanas, encrespándose y modulando acentos de una dulce y arrobadora armonía, comunicaban al noble pueblo de los Cides y Pelayos el sacro fuego del entusiasmo... y todo, en fin, era esplendente, precioso, *divino*.

Si, *divino*... Yo lo vi con mis propios ojos, yo me arrobé contemplando el espectáculo más sublime de que los hombres hayan gozado sobre la tierra.

...Por una parte se oía el sordo murmullo de la indignación popular, ahogando los miedosos alaridos que lanzaba la raquítica cohorte de una nueva Mesalina que, avergonzada de sus propios extravíos, huía á tierra extranjera á ocultar sus nefandos crímenes; por otra el confuso estruendo de sangrienta lucha entre la libertad y la tiranía, entre la luz y las tinieblas, entre la civilización y el retroceso, allá en un *punto* de gloriosa memoria... Aquí se veía correr frenético de entusiasmo y proclamar su soberanía á todo un pueblo aherrojado ayer con las cadenas de vil é hipócrita despotismo, mientras más allá *velanse* divagar desfavoradas las sombras infaustas de tantos reyezuelos como habían esclimado y empobrecido nuestra España con sus bacanales y orgías: por un lado levantábase orgulloso el edificio de la regeneración política y social de la patria de los Padillas, Fivallers y Lanuzas, y por otro lado... se desmoronaba con horrisono estrépito un trono lleno de podredumbre, asiento ayer de una raza de fanáticos tiranuelos como los Austrias, y verdugos del pueblo como los Borbones, testigo único de grandes hechos y de grandes crímenes, apoyo de viles usurpadores sin nombre, ó de bastardos sin origen, é instrumento siempre de orgullosos pontifices ó de teocráticas instituciones... Y en medio de tantos clamores de entusiasmo, y en medio de tantas demostraciones de alegría, parecía que una voz en el espacio decía á los hombres todos de la tierra con melódico acento: *Gloria in excelsis home...* como significando que había llegado ya la segunda era de la redención humana, anunciada con sangre á la aparición del cristianismo...

Más ¡ay! no: los hombres jamás lo vieron en la tierra; aquello fué una ilusión de mis sentidos, un éxtasis delicioso que la Omnipotencia creadora infundió á mi espíritu para reanimarlo, volviéndose una esperanza que ya empezaba á perderse á lo lejos fatalmente impulsada por la amarga realidad. No, aquello fué más bien una inspiración, una profecía que abarcaba el porvenir humano y señalaba el *mañana* que indefectiblemente ha de

lucir cuando sea un hecho real el despertamiento de la humanidad dormida.

Aquello fué mi sueño. Un momento de placer para mis sentidos... Después, nada, la triste realidad, el caos horrible de la confusión y de la tiranía.

Conozco que aquello fué una ilusión; pero... ¡es tan bello el recordar las delicias de la vida imaginaria! ¡Es tan dulce para aquel que siente lacerada su alma por la punzante espina de la primera amargura el tributar *qu* recuerdo á los dulces ensueños de lo pasado! ¡Es tan hermoso para el joven dormirse en brazos de la ilusión! ¡Es tan consolador, en fin, para el poeta, para el que siente, porque cuantos sienten son poetas, dulcificar las amarguras de su efímera existencia revolviendo las losas de los sepulcros, desgarrando el velo del ayer y arrancando de su lira... de cada cuerda, mil sonidos vagos y misteriosos, y de cada sonido un bienhechor recuerdo...!

Por esto yo, al contemplar los males de mi patria, encuentro una dulce consolación recordando aquel día de gloria que tan gratas y dulces huellas ha dejado impresas en mi corazón... Por esto yo, lamentando las desdichas del pobre pueblo, no puedo ménos de recordar aquel esplendente día en que el sol nos alumbra con nuevos y vívidos fulgores, y el cielo se cubrió con manto de azul y grana, y regocijose el mar lanzando al aire arrobadores sonos, que llenaban el espíritu de la más pura satisfacción, y los pueblos y las ciudades, y las chozas y los palacios, y los hogares y los cuarteles, unidos en fraternal concierto, proclamaron la hermosa libertad y desterraron la abominable tiranía.

Sueño fué, sí: un día de gloria, un día de satisfacción, un día de dicha, un día de placeres, gritos y aclamaciones incandescentes, que estremecieron el espacio y aturdieron de pavor las huestes del despotismo: hé ahí la REVOLUCION DE SEPTIEMBRE; hé ahí esa grandiosa epopeya con que supimos asombrar al mundo los hijos del pueblo español; hé ahí esa página brillante de nuestra historia, escrita en caracteres de oro ayer, y hoy reproducida en caracteres de sangre por los mismos que habían clamado con frenético entusiasmo la regeneración de España y la libertad de sus generosos hijos.

Pero ya llegará el día sacrosanto de la emancipación; ya sonará la hora de la *redención del esclavo*, y entonces... el sueño de ayer se trocará en realidad mañana. Entonces ¡tiranos! estremeceos de pavor en medio de vuestra grandeza y poderío... entonces en vuestras saturnales babilónicas aparecerá fatidicamente el *Mhane*, *Thecel*, *Phares* de la VERDADERA REVOLUCION, y lucirá, exuberante de luz y vida, el sol de la bienandanza; entonces la humanidad toda, hoy sujeta entre los férreos brazos del monarquismo más cruel y de la más feroz tiranía, levantaráse á recobrar su dignidad perdida y su honor ultrajado... las coronas caerán por tierra, los ceptros de los reyes quedarán pulverizados al vago soplo de la indignación del pueblo, y los tronos todos del mundo rodarán por el suelo hechos pedazos al contacto de la espada del *Ángel exterminador*, para dar paso al reinado de la PAZ, de la JUSTICIA y de la LIBERTAD.

Y los hombres todos, unidos estrechamente por el lazo de la *Fraternidad universal*, proclamarán *iguales* derechos y cumplirán *iguales* deberes, acogidos á la inmensa

bandera de la *Democracia* y protegidos por el manto de la REPÚBLICA UNIVERSAL FEDERATIVA.

A. VINARDEL ROIG.

Gerona y Diciembre, 1871.

LA CASA DE DUMAS (PADRE).

Hoy que los periódicos franceses se preocupan y apoyan el pensamiento de rendir un público homenaje á la memoria del más fecundo de los escritores modernos, del infatigable ingenio que aun en sus últimos años, en los postreros días de su vida, encantaba por sus chispeantes frases y por la riqueza de su imaginación, párecenos oportuno presentar á nuestros lectores una de las habitaciones de su casa, de la calle de Amsterdam, y en la que trabajaba con más frecuencia.

En ese gabinete se han escrito las páginas más bellas de la literatura francesa, esos diálogos de *Los compañeros de Jehú*, que revelan la originalidad y el entusiasmo; los capítulos más inspirados, más ricos en ideas y que parecen más bien, por sus risueñas y frescas descripciones, no los destellos de un corazón ya amortiguado por el hielo de los años, sino los impulsos juveniles de una alma henchida de ilusiones.

El invernadero que aparece al frente estaba destinado para comedor, y en él cuantas veces hemos visto reunidos á los gigantes del talento que admiraban al *Leviatan* literario y escuchaban aquella profusión de encantadoras imágenes que brotaban de sus lábios.

Los franceses, los objetos curiosos que adornaban su despacho, eran en su mayor parte regalos de los soberanos de Europa, pues á pesar de sus detractores ó envidiosos, Alejandro Dumas compartirá en este siglo y en igual escala la gloria de los hombres contemporáneos más eminentes.

La casa de la calle de Amsterdam no existe ya; la pluma ha destruido los despachos, el invernadero, el jardín, el pabellón, en donde aislado y completamente ajeno al bullicio, se entregaba Dumas á sus creaciones; pero si el edificio ha desaparecido, el nombre del que con su pluma ha enseñado al pueblo francés más historia que todos los historiadores, vivirá eternamente.

GIL GOMEZ.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793.

FOR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

—No sé; iré á pasear con Escipion.

Miró al perro, y rascándose la parte inferior de la espalda:

—Oye, me dijo; si quieres iremos á poner trampas de-



CAMINO DEL MERCADO.

trás del depósito de basuras; hay muchos verdorones y gorriónes en los vallados, en los cobertizos y en los árboles del *Posthal*.

—Bueno, iremos, le contesté.

—Sí, ven á la puerta de la iglesia y marcharemos juntos.

Antes de separarnos me pidió Hans que le dejase pasar el dedo por el fondo del plato; se lo concedí y encontré excelente la miel. Después de esto, cada uno continuó nuestro camino, llegando yo á casa cerca de las once y media.

—¡Ah! ¡al fin vienes! exclamó Lisbeth al verme entrar en la cocina; creía que no ibas á volver. ¡Apenas necesitas tiempo para hacer un encargo!

Referíle mi encuentro con el mauser en la escalera de la *Alcarraza de oro*, la disputa de Koffel, del viejo Schmitt y el colmenero con el Sr. Richter, la gran batalla de Max y Escipion, y finalmente la manera con que el mauser me había encargado decir que no quería dinero por la miel, sino que la regalaba con mucho gusto á la señora francesa, que era una persona respetable.

Como estaba abierta la puerta, me oyó la enferma y me llamó. Vi entonces que estaba enternecida, y cuando le presenté la miel la aceptó.

—Bien, Fritz, me dijo con lágrimas en los ojos; está bien, hijo mío; me agrada mucho, muchísimo, este regalo; la estimación de las personas honradas nos causa siempre mucho placer. Cuando venga el mauser le daré yo misma las gracias.

En seguida se inclinó, acarició la cabeza á Escipion que se empujaba á la cama, y dijo sonriendo:

—¡Eh! ¡Escipion, también sostienes tú la buena causa!

Viéndola contenta, comenzó á ladrar con fuerte voz y hasta se levantó sobre las patas posteriores como para hacer el ejercicio.

—Sí, sí, ya estoy mejor, le dijo; me siento más fuerte... ¡Ah! ¡hemos sufrido mucho!

Exhalando en seguida un suspiro, volvió á apoyar el codo en la almohada diciendo:

—¡Una buena noticia... una buena noticia solamente y todo irá bien!

Lisbeth acababa de servir la mesa y nada decía; la señora Teresa quedó pensativa.

Marcó las doce el reloj, y momentos después trajo la criada la sopera pequeña para nosotros: hizo la señal de la cruz y comimos.

A cada momento volvía la cabeza para ver si estaba ya Hans Aden en la puerta de la iglesia. La enferma, que acababa de acostarse, nos volvía la espalda; sin duda la atormentaba aun algún temor. Yo solo pensaba en las inmediaciones del *Posthal*; veía ya nuestras trampas de ladrillos colocadas en la nieve; la teja levantada y sostenida por dos cañitas cruzadas, granos de trigo en derredor y en el fondo. Veía los verdorones parándose en los árboles y los gorriónes en fila en el borde de los tejados, llamándose, espionando, escuchando, mientras que ocultos nosotros en el fondo del cobertizo detrás de haces de paja, esperábamos ansiosamente. En seguida revoloteaba un gorrión desplegando la cola en abanico, después otro y otro y toda la bandada. ¡Ahí están! ¡Ahí están! ¡Cerca de las trampas...! van á bajar: ya hay uno; dos, pican los granos de trigo... ¡Brrrrrr! to-

dos vuelan á la vez, es el mozo Yeri con sus grandes zuecos que ha dado una patada gritando á los caballos: «¡Vamos! ¡Te querrás volver, Moro!» ¡Qué desgracia! ¡Si hubiesen reventado todos los caballos y Yeri con ellos...! Otra vez á esperar... los gorriónes han huido muy lejos. De pronto empieza uno á piar y todos vuelven á los tejados... ¡Ah, Dios mío! ¡Con tal que no grite Yeri...! ¡Con tal que todo esté en silencio...! ¡Si no hubiese nadie en la casa ni en el camino! ¡Qué angustias! ¡Ah! ya baja uno... Hans Aden le tira de la blusa... No respiráramos... ¡Nos emudece la esperanza y el temor!

De antemano veía todo esto, y no podía permanecer en la silla.

—¿Pero qué tienes? me decía Lisbeth. Te agitas como alma en pena... ¡Estáte quieto!

No la oía, y con la nariz pegada á la vidriera, pensaba:

—¡Vendrá ó no vendrá! tal vez estará ya allá abajo... ¡Habrá ido con otro!

Esta idea me parecía terrible.

Ya iba á marchar cuando al fin atravesó la plaza Hans Aden, mirando á casa con la coquilla del ojo; pero no tuvo que esperar mucho tiempo: ya estaba yo en el pasillo y abrí la puerta sin llamar á Escipion. En seguida corrí pegadito á la pared temiendo algún encargo ó cualquier otro impedimento; ¡pueden ocurrir tantas desgracias en este mundo! Solamente muy lejos de allí, en la callejuela de las Ortigas, nos detuvimos Hans y yo para tomar aliento.

—¿Traes trigo, Hans?

—Sí.

—¿Y la navaja?

—Aquí está; pero oye, Fritz, yo no puedo llevarlo todo; toma tú los ladrillos y yo me quedaré con las tejas.

—¡Sí, vamos!

Y partimos atravesando los campos detrás del pueblo y con nieve hasta los muslos. Si el mauser, Koffel y hasta mi mismo tío nos hubieran llamado entonces, habríamos huido sin volver la cabeza como ladrones.

Pronto llegamos á la antigua tejera abandonada, porque rara vez cuecen en invierno, y tomamos la carga de ladrillos. Subiendo en seguida por la pradera, atravesamos los vallados del *Posthal*, cubiertos de nieve, hasta llegar delante de los basureros, detrás de las cuadras y del cobertizo.

—¿Qué te decía yo...? ¡Escucha...! ¡Escucha! exclamaba Hans Aden.

Dos minutos después colocábamos las trampas junto á los basureros, quitando la nieve del fondo. Hans Aden cortó las cañitas y colocó delicadamente las tejas: en seguida despararon el trigo en derredor. Los gorriónes nos contemplaban desde los tejados, volviendo ligeramente la cabeza y sin chistar. Hans Aden se levantó, se enjugó la nariz con el revés de la manga y arrugando los ojos para observar los gorriónes:

—Ven, me dijo, todos van á bajar.

Entramos en el cobertizo llenos de agradables esperanzas y en el mismo momento desapareció toda la bandada. Creímos que volverían, pero estuvimos hasta las cuatro agazapados detrás de los haces de paja y sin oír un grito de gorrión. Habían comprendido lo que hacíamos y se habían marchado al otro extremo del pueblo.

(Se continuará.)

REVISTA GENERAL.

Estamos en plena reaccion. El ministerio Malcampo-Angulo cesó de existir para dar vida con su fatigado aliento al cadáver de un nuevo engendro, apellidado ministerio Sagasta.

Sagasta, el hombre más impopular de todos los setembrinos; el político más envidioso y de ambición más desmedida que jamás conocimos; el pigmeo más agigantado; el enano más engrandecido; el plebeyo más endiosado; el ministro-circular; aquel que en pleno Parlamento se atrevió a declarar *inaquantables* los derechos individuales; el hombre, en fin, de más triste y funesta recordación para nuestra desdichada patria; el isabelino antes, el montpensierista luego, el amadeista hoy y el defensor mañana del moro Muza, ese es hoy el presidente del Consejo de ministros y ministro de la Gobernación, es decir, tanto como Ruiz Zorrilla, más que Rivero y un poco menos que Serrano.

Su gabinete, compuesto de varios ministros salientes (Angulo, De Blas, Montejo y Malcampo), que dimitieron por no poder presentarse ante las Cortes, y hoy tornan á ser ministros sin temor á ese vano escrúpulo, convencidos, sin duda, de que los representantes del país no han de conocerlos á pesar de verlos con sus mismas caras, puesto que en esto los ministros no pueden ser más que los demás mortales, es decir, no pueden poseer más de dos caras, á pesar de las diferentes caretas y variados disfraces con que procuran encubrirlos.

Pues bien, Sagasta, ayudado de esas cuatro celebridades, porque cuidado si es celebridad Angulo en Hacienda, De Blas en Estado, y Malcampo y Montejo en política, y ayudado del *indispensable* Topete (Ultramar) y de los Sres. Groizard en Gracia y Justicia y Gaminde en Guerra, ha formado un ministerio, con perdón sea dicho, que mejores podrá haberlos habido, pero en cuanto á peores desafiarnos á todas las situaciones pasadas y futuras.

Este ministerio, que no tiene más vida ni más porvenir que hasta que las Cortes se reúnan, retarda cuanto puede su apertura, á pesar de que tan solo para esto fué nombrado, pues para resolver la cuestion de Cuba bien la resolvía el Sr. Malcampo, y en cuanto á la de Hacienda, buena cuenta daba de ella el nunca bien ponderado Sr. Angulo; pues como decíamos, este ministerio, que ve pronta y segura su caída, al escuchar el grito del mal reprimido furor con que ha sido recibido por la parte más liberal del país, ha decidido, para entretener sin duda sus ócios, entregarse por completo en brazos de la más negra reaccion; y como no queremos pecar de exagerados, vamos á demostrarlo fundados en sus planes y apoyados en sus acciones.

Según las noticias más autorizadas, está acordado, y se publicará dentro de pocas horas, el nombramiento del célebre general D. José de la Concha, del último ministro de doña Isabel de Borbon, para capitán general de la isla de Cuba.

Topete ha entrado á representar á los *conservadores* (léase reaccionarios), después de haberlos consultado y obtenido su véné y aprobacion.

Los nombres que circulan de algunos nuevos gobernadores nada dejan que desear, y son dignos en todo de la triste situacion que atravesamos.

Y según un *decreto* publicado en la *Gaceta* y expedido el 25 del corriente por el ministerio de Gracia y Justicia, se dispone vuelvan á figurar en el presupuesto, *sin embargo de lo prescrito* en el art. 1.º del decreto de 17 de Setiembre último, las partidas de cargas de justicia pertenecientes á las fábricas de San Pedro y San Juan de Letran, dotacion del M. R. Nuncio de Su Santidad, y otras varias, importantes 197.222 PESETAS, interin las Cortes no resuelvan lo contrario.

Si á esto se agrega el frio recibimiento hecho por el incólito Sr. Topete, el ministro universal (que así dicta una circular al cuerpo diplomático, como ordena maniobrar á un grumete), á la comision que, compuesta de hombres de todos los partidos políticos, ha ido á pedirle gracia para los estudiantes cubanos sentenciados á presidio, tendrán nuestros estimados lectores una ligera idea de la triste situacion que atravesamos, y comprenderán con cuánta razon hemos exclamado al comenzar nuestra revista y repetimos al terminarla, *estamos en plena reaccion*.

El Sr. Topete, aquel que en una célebre sesion juró por la sagrada memoria de sus padres *no volver á mandar*, ocupa hoy la cartera de Ultramar, á pesar de sus promesas y de la memoria de sus padres, para agregar este nuevo servicio al ya largo catálogo de los prestados á la setembrina.

Del Sr. Topete y de la *gloriosa* podría decirse lo mismo que el catolicismo acerca del Padre Eterno.

P.—¿Quién hizo el mundo?

R.—Dios.

P.—¿Para qué le hizo?

R.—Para su gloria.

¡Cuánto patriotismo y cuánta miseria.

Según *El Tiempo*, la situacion de Cuba *no mejora*. No hay cuidado, que la sola presencia del célebre general Concha concluirá de arreglar aquello, y es posible que á Cuba le acontezca lo que á aquel pobre enfermo, que llegó un día en que llegó á no dolerle nada, y era natural; ¿cómo había de dolerle si ya no existía?

Las noticias de Jacmel hasta el 22 de Noviembre anuncian la llegada á Port au Prince de nuestros buques *Pizarro* y la *Zaragoza*, en union del *Churruca*, y de los grandes preparativos de defensa hechos por el comandante del puerto.

Parece que la tripulacion del célebre *Hornet* amenaza volar el vapor antes que entregárnoslo; sobre él continúa izada la bandera americana y el ministro americano guarda el más profundo silencio, mientras que la excitacion popular aumenta por esta cuestion, y el presidente de la comision de negocios extranjeros de Washington ha levantado allí su voz en contra de España.

Preciso es, por tanto, que nuestro gobierno resuelva de una vez y pronto tan gravísima cuestion, salvando la honra de nuestra bandera, hoy gravemente amenazada.

A los pobres radicales todo el mundo se les atreve, y el gorro de dormir (vulgo *La Correspondencia*) escribe que no perdonan medio de propagar noticias falsas.

¡Ah, pobres radicales, cuándo os convencereis de que no volvereis a ser poder *jamás, jamás, jamás*, y de que no os queda más que un camino, la revolución; ni más que una esperanza, el pueblo; ni más que una bandera, la República!

La causa de la célebre comunista Luisa Michel ha excitado la atención pública de una manera extraordinaria.

Con una energía impropia de su sexo se ha declarado partidaria de la revolución social; ha dicho que si el pueblo disparó sobre el general Lecomte fué porque este mandó disparar sobre el pueblo; ha sostenido que propuso el incendio de París para oponer una línea de llamas a los invasores; y después de afirmar enérgicamente que los miembros de la *Commune* no eran ladrones, ni asesinos, ni incendiarios, ha terminado diciendo que han muerto mártires de la gran revolución social, de la cual se honra de ser uno de los promotores, y que solo pide al consejo de guerra un pedazo de tierra en el campamento de Satory al lado de sus hermanos, porque si la conceden la vida gritará por todas partes: ¡Venganza! y excitará en sus hermanos el odio a los asesinos de la comisión de gracias.

El consejo la ha sentenciado a la deportación en una fortaleza, y el auditio ha salido profundamente impresionado.

Luisa Michel es una institutriz distinguida, alta, grave y digna, y cuenta apenas 36 años.

Rochefort ha sido trasladado al hospital del fuerte Boyard: su calentura y sus tos y la bronquitis crónica que le aqueja inspiran serios temores.

Victor Hugo es el candidato de París en las elecciones complementarias, y su triunfo parece asegurado.

El despacho de Mr. Bismark ordenando el estado de sitio en los departamentos ocupados aun por los alemanes y las amenazas que envuelve, han causado una dolorosa impresion en toda Francia.

Gambetta ha salido para Marsella, su país.

Los católicos de Nueva-York denuncian a los *internacionalistas*, y en cambio van a fundar una asociacion para reunir fondos para el Papa.

Se habla de graves desacuerdos entre Italia y Francia.

Por iniciativa de Kamil-Pachá se va a crear en Constantinopla una grande universidad.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

REFORMAS PARA EL AÑO 1872.

La Empresa de LA ILUSTRACION REPUBLICANA, al terminar el año primero de su publicacion, cumple con uno

de sus más gratos deberes al consignar aquí su profunda gratitud al gran partido federal, que tanto ha secundado la idea que guiara esta publicacion, cual fué la de propagar los verdaderos principios que formán el credo de nuestro partido.

A pesar de los inmensos sacrificios que ha costado a esta Empresa el primer año de publicacion, por causa del módico precio que fijamos en las condiciones de suscripcion, aun aspiramos hoy a mejorar su parte material y literaria, si el partido republicano nos presta como hasta aquí su franca, leal y decidida ayuda.

Convencidos de que los grabados no dan un resultado satisfactorio intercalados en el texto, hemos resuelto darlos aparte y en papel superior de láminas.

Al mejorar la parte ilustrada no hemos podido olvidar la instructiva; y al efecto daremos ocho páginas enteramente separadas, para ir coleccionando tomos sueltos que puedan encuadernarse, formando así una escogida biblioteca, compuesta de las obras más selectas y de más reconocida utilidad.

Como en el cuerpo del periódico no daremos grabados, este solo contendrá ocho páginas, enteramente iguales a las de hoy; ocho además destinadas a obras de instruccion y recreo, y una hoja de papel de láminas dedicada a los grabados.

De este modo habremos conseguido lo que nos proponiamos, y es dar a nuestros suscritores por el ínfimo precio de UN REAL, periódico, biblioteca y grabados.

Esta reforma aumentará notablemente nuestros gastos, porque si bien el número de grabados será menor, en cambio serán muchísimo mejores, costando por lo tanto bastante más. Las cartas que hemos recibido de muchos puntos felicitándonos por estas mejoras apenas iniciadas, nos hacen esperar un feliz término a todos nuestros trabajos y aspiraciones. No concluiremos sin rogar a nuestros estimados suscritores que no dejen de prestarnos, como hasta aquí lo han hecho, su noble y leal apoyo, y que no cesen de propagar los números de LA ILUSTRACION entre sus amigos y correligionarios atrayendo nuevos suscritores, que permitan a esta Empresa, así como la mayor propaganda de los elevados principios que sustentamos, la íntima satisfaccion de ir mejorando cada número las condiciones materiales de LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL en beneficio de sus nobles asociados.

Esto esperamos confiadamente; y dando por ello las más expresivas gracias a todos nuestros suscritores y correligionarios, quedan suyos verdaderos y leales amigos

Los Editores,

J. Castro y Compañía.



Los editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1871.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabaña, 27.